

cerle á Vm. completamente sobre esos diversos puntos, le diré francamente mi modo de sentir sobre ello en nuestra próxima conferencia. La sucesion de los tiempos dará á conocer á Vm. si he resuelto realmente la dificultad.

DIALOGO VIGESIMO PRIMO.

Origen y progresos de la medicina fisiológica; obstáculos que ella encontró; electismo; empirismo; cirugía; medicina veterinaria; método para estudiar la doctrina fisiológica.

EL SABIO.

Me gusta la exactitud de Vm., doctor; va sin duda á suministrarme argumentos para reponder á mi médico, que sostiene, entre otras cosas, que la doctrina de Vm. no debe sus triunfos mas que á aquel silencio de los cuerpos sabios de que me manifesté estrañado ayer á Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pienso todo lo contrario, Caballero. Nunca hizo ella tantos progresos como desde que los catedráticos de las escuelas de medicina se pusieron á buscar quisquillas á los candidatos que les presentaban la substancia suya en sus conclusiones inaugura-

les. La facilidad con que se refutaban las objeciones, daba á los graduandos una superioridad que estimulaba á sus condiscipulos, testigos de su triunfo, para estudiar la nueva doctrina. Aterrados con el raciocinio los catedráticos, se arrebatában, entregábanse á las invectivas, y manifestaban su debilidad con ello. ¿Qué mas era menester para dar valor á la medicina fisiológica?

EL SABIO.

Creo que lleva Vm. razon; pero vuelvo á mi primera pregunta: ¿Porqué no cuidaron los cuerpos sabios de comprobar los dogmas que Vms. profesan?

EL MÉDICO JÓVEN.

La razon de ello es simplicísima; es que, al principio, no los conocian ellos: sus aduladores (de los que están rodeados todos los hombres con destino) se los representaban como cosas absurdas y ridículas que no eran dignas de fijar su atencion. Cuando, mas tarde, las victoriosas respuestas de los candidatos hubiéron hecho

conocer el valor de su doctrina á aquellos caballeros, su amor propio, ya picado, no les permitió ya mudar de tono, y buscar los medios de comprobar los nuevos principios; abrazáron pues la resolucion de afectar un desprecio que estaban bien remotos de experimentar, y se constituyéron así en estado de guerra con respecto á nuestro catedrático y discipulos suyos.

EL SABIO.

No me pasma eso. Su gefe de Vm. hubiera debido efectivamente comenzar sometiendo su doctrina al juicio de las facultades y sociedades sabias: por este medio hubiera promovido unas discusiones que hubieran ilustrado á los antiguos médicos; estos se hubieran apresurado á hacerle justicia; despues de haberse puesto así por delante, no hubieran sido ya dueños de volver pie atras, y se hubiera difundido bajo sus auspicios la doctrina de Vm., sin obstáculo ninguno.

EL MÉDICO JÓVEN.

Déme Vm. licencia, Caballero, para ser

de un parecer diferente : me fundo en los hechos, y va Vm. á conocerlos.

No empezó á enseñar nuestro gefe su doctrina mas que en el año de 1814; pero habia echado, desde el de 1808, sus fundamentos en una obra intitulada : *Historia de las flemasias crónicas*. Un docto catedrático de la facultad, el difunto Halé, cuya memoria será querida siempre de los filántropos, fijó sobre este escrito la atención de sus colegas, los individuos del jurí elegido en el Instituto, el año de 1811, por jueces del concurso de los premios decenales; pero este llamamiento fué insuficiente. El autor estaba á la sazón en el seno de los ejércitos, no podia defender su causa; los catedráticos de medicina hicieron fastidiosa á sus discípulos la lectura de la obra de nuestro gefe, y este libro permaneció en los almacenes del librero hasta la época del regreso de su autor, que se verificó en el año de 1814. Sorprendido de ver que una obra recomendada por el primer cuerpo sabio del reino, no se habia vuelto clásica, se aprovechó de la cá-

tedra de profesor que él acababa de obtener en el hospital militar de instruccion de Val de Grace, para entregarse á la enseñanza particular de la medicina. Fundándose su curso sobre principios de una eterna verdad, no tardó en infundir un sumo interes, y atrajo á los mejores discípulos de la facultad. Desde el año de 1816, Mr. Broussais poseia un cuerpo de doctrina que hubiera podido someterse á los cuerpos sabios; pero ¿como se hubiera atrevido él á presentársele, cuando veia á los catedráticos de la facultad, cuya opinion daba la ley en la academia, atormentar á sus discípulos en los exámenes, y ridiculizarlos? No le quedaba pues otro medio mas que el de abogar su causa ante el público, lo que él hizo, en aquel mismo año, por medio de la publicacion de una segunda obra que lleva el título : *Exámen de la doctrina médica generalmente adoptada, y de los sistemas modernos de nosologia*. Esta obra dió mucho golpe; exasperó á todos los individuos de las facultades; pero gustó ella al público; se multiplicaron los

discípulos, la práctica del autor se observó de cerca en el hospital de Val de Grace, á pesar de las ocultas maniobras de sus enemigos, que lograron hasta tres veces hacerle cerrar su clínica. Se compararon los resultados de los diferentes métodos, y la doctrina fisiológica, se propagó con una portentosa rapidez, á despecho de la oposicion de los cuerpos escolares.

EL SABIO.

Me parece que él debia ir á sus juntas, y leer allí memorias en esplanacion de sus principales proposiciones.

EL MÉDICO JÓVEN.

¡Piensa Vm. en eso, Caballero! ¿Como ir á significar á unos hombres que dedicaron treinta ó cuarenta años de su vida al estudio de los clásicos antiguos, que hacen consistir toda su gloria en interpretarlos, y hacer la aplicacion de sus máximas á la curacion de las enfermedades; como, repito, significar á semejantes fantasmones que estos clásicos estaban en el error, que era falsa la idea que ellos se formaban de las

enfermedades, que la práctica que de ello resultaba era peligrosa, que la medicina hacia, medio término, mas mal que bien al género humano, y que para hallarse en estado de hacer algunos progresos, era menester olvidar cuanto se sabia, y volver á construir de nuevo segun el precepto de Bacon, el edificio de la ciencia?

Estas proposiciones se hubieran tenido por otras tantas blasfemias. Para probarlas hubiera sido preciso ilustrar lentamente todo el plan de la nueva doctrina, es decir hacer un curso completo de medicina, y justificar sus preceptos fundamentales con la práctica. Pero ¿qué medio para transformar una sociedad sabia en un auditorio benévolo, bastante paciente para escuchar al orador hasta el fin, es decir para seguirle, con escasa diferencia, durante el curso de un año escolar? ¿Como arrastrar á semejantes sugetos á la visita de un hospital, y precisarlos á observar con silencio los resultados de una curacion que, chocando con todas sus ideas los hubiera sublevado desde el principio? Confiese Vm.

que todo eso no era posible. Era preciso dirigirse á la generacion nueva, á unos jóvenes que no tuvieran la presuncion de saber mas que el maestro; que, no habiendo ejercido todavía la medicina, no estuviesen ensoberbecidos con algunos supuestos aciertos, ni tuviesen en una palabra otro interes que el de su instruccion. Pues bien, esto hizo el fundador de la doctrina fisiológica. Entre tanto que él pudiera componer un tratado completo de medicina, hubo de publicar sus proposiciones fundamentales, como lo hizo en la segunda edición de su *Exdmen*, que salió á luz en el año de 1821, y formar, por medio de la enseñanza, teórica y práctica, á hombres que pudieran entenderlas, explicarlas en las conferencias particulares, en las consultas, á los médicos antiguos que estaban indignados de ellas, y hacerles ver la aplicacion suya en la asistencia de los enfermos. Y bien, se ejecutó todo esto. Los antiguos doctores clamaron; pero los jóvenes, que salian cada año de la escuela fisiológica, y que se daban al trato de gentes, les impusieron silencio con

suma blandura explicándoles nuestros corolarios, y especialmente curando á unos enfermos que ellos habian desahuciado como incurables. Cada uno de los antiguos médicos tenia un hijo, sobrino, protegido entre los discípulos de la nueva doctrina; de ellos recibia los documentos que él se hubiera avergonzado de ir á buscar aguantando el polvo de los bancos; ensayaba el nuevo método, y los triunfos que alcanzaba, obraban su conversion insensiblemente. Esta es, Caballero, la fiel pintura de lo que está pasando diez años hace entre las gentes. Los catedráticos de nuestras escuelas, que no se dignan de leernos, aprenden la doctrina de los discípulos á quienes ellos preguntan en los exámenes públicos, y los demas médicos se penetran de ella por medio de las relaciones que tienen ellos incessantemente con los nuevos doctores. Lo que le dará á Vm. la prueba mas convincente de ello, es que todos los médicos, sin excepcion ninguna, han modificado su práctica y mudado su language.

EL SABIO.

Convengo en todo eso; los médicos se rinden como hombres privados, pero resisten como cuerpos sabios; y esta oposicion debe perjudicar por mucho tiempo á los progresos de la doctrina de Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Los cuerpos sabios, Caballero, se componen de hombres privados; luego que la conviccion llegue á ser general, no podrá disimularla uno ya. Por mas que hagan las facultades de medicina, se introducen diariamente en su seno diversos discípulos de la doctrina fisiológica; algun dia, y este dia no está en adelante muy distante, tendrán estos la mayoría, y se enseñará públicamente la nueva doctrina.

EL SABIO.

No se haga Vm. ilusion, querido doctor; aunque enteramente convencidos los catedráticos, se mantendrán firmes por espíritu de cuerpo, y el triunfo de Vms. estará mucho mas remoto que lo que piensan.

EL MÉDICO JÓVEN.

Confieso que muchos catedráticos afectarán seguir la antigua práctica; pero predicarán en el desierto; se cansarán, y dejarán hablar á sus antagonistas.

EL SABIO.

Basta con un hombre elocuente y encastrado para sostener todavía por mucho tiempo los antiguos sistemas.

EL MÉDICO JÓVEN.

La elocuencia, Caballero, no es mas que un vano sonsonete de palabras cuando no va fundada sobre la verdad: el crisol de la práctica está allí, y los preceptos falaces de una ciencia enteramente ilusoria no resistirán á ello. ¿Hay un Ciceron, un Demóstenes capaz de probar á tres mil oyentes que diariamente visitan todos los hospitales de la capital, que es mas provechoso dejar caminar una fiebre aguda que atajarla en el primer dia; perder nueve enfermos de diez, que salvarlos á todos ahorrándoles dilatados dolores? ¿No ha hecho cada uno la esperiencia en sí mismo y en sus ami-

gos? No, Señor, no; las vanas sutilezas de un retórico médico no detendrán jamás los progresos de la doctrina fisiológica.

EL SABIO.

Los adversarios de Vm. hallarán siempre á algunos fanáticos admiradores.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sin duda, Caballero, los catedráticos enemigos de nuestros principios tendrán á varios contéplativos, aduladores, jóvenes que, con el temor de desagradarles, se abstendrán de frecuentar la escuela fisiológica, y sostendrán sus conclusiones segun el espíritu de los antiguos sistemas; pero, restituidos estos jóvenes á sí mismos en el trato de gentes, mudarán de conducta; les sucederá lo que á mí me sucedió; toda su soberbia, toda su presuncion, no les impedirán el confesarse á sí mismos que su práctica no vale la de nuestros condiscípulos. Si ellos no tienen valor para volver á cursar, se instruirán y harán instruir de oculto, y acabarán conformándose con el método curativo, el único razonable y ad-

misible; si se niegan á esto, los enfermos ó sus familias los precisarán á ello; y no está distante la época en que los preceptos erróneos que los profesores de las doctrinas rancias puedan esponer en cátedra, no se apoyarán con ejemplo ninguno. Los catedráticos mismos obrarán de un modo contradictorio con los principios que ellos hayan enseñado públicamente. ¿Qué confianza piensa Vm. que ellos puedan infundir entónces?

EL SABIO.

Pero ¿no es todo eso puramente especulativo?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; todo esto se halla realizado en gran parte. Los catedráticos que se adhieren á los antiguos sistemas, no tienen ya casi oyente ninguno en sus lecciones teóricas. Es verdad que se sigue siempre su visita en los hospitales, porque hay allí hechos que observar, preceptos que comprobar; pero se deducen de su práctica ilaciones opuestas á las que ellos quieren sacar.

Los jóvenes que los rodean, les hacen ver sus errores, y les aconsejan respetuosamente que prueben el nuevo método. Si el enfermo se rinde, obligan al catedrático á reconocer los vestigios de la enfermedad que desconoció en el viviente. Si se niega á ello, protestan tácitamente, entre sí, contra su tenacidad; se comparan sus resultados con los de un práctico fisiologista, y se instruye uno tanto con los desaciertos como con los triunfos.

EL SABIO.

Me comunica Vm. ahí, doctor, unas cosas bien extraordinarias: nosotros los que no somos del arte, nos hallamos bien distantes de recelar lo que ocurre en las escuelas de medicina de Vm. y en sus salas de clínica. (1) Nuestro respeto á los cuer-

(1) La clínica es la enseñanza de la medicina en la asistencia de los enfermos de los hospitales. El profesor caracteriza la enfermedad, establece las indicaciones para motivar su curación; y la cura ó muerte hacen apreciar su conducta á sus oyentes. Es ciertamente el curso de medicina por excelencia; en este crisol se encendió la doctrina fisiológica; le es deudora de los in-

pos sabios es tan grande, que no podemos suponerles motivos poco decorosos. Se nos habla de una doctrina nueva; preguntamos si ella ha logrado el voto de los sabios afamados, á los que miramos como únicos jueces competentes en semejante materia. Se nos responde negativamente: nos contentamos con esto, y continuamos poniendo en el primer lugar á los hombres que su edad, títulos, plazas, confianza de los grandes, y voz pública finalmente nos designan. ¿Podemos, le suplico á Vm., obrar de diferente modo?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; pero todo se cambia en el teatro del mundo: mientras que Vm. in-ciensa á las antiguas reputaciones, se elevan otras nuevas; y cuando hayan llegado estas á un cierto lustre, se dirigirá hácia ellas la atención de Vm. naturalmente.

EL SABIO.

Ah! ese trastorno no está todavía tan menos progresos que ella hizo de diez años á acá; y lo será de su triunfo en algun día.

próximo como Vm. parece creerlo : mientras que los médicos acreditados vivan, conservarán la confianza de los hombres poderosos, y su crédito comprimirá por mucho tiempo el vuelo de la nueva doctrina.

EL MÉDICO JÓVEN.

No se engañe Vm. en eso, Caballero; los antiguos médicos de crédito están cercados de los discípulos de la nueva doctrina : estos jóvenes rivales los observan, y no dejan escapar ninguna de sus acciones, ninguno de sus movimientos; si el doctor á lo antiguo comete una falta, el doctor á lo moderno la señala á todos los ojos; si él se imagina abrazar la nueva práctica, su argos no deja de hacer reparar que no es deudor de sus aciertos mas que á la doctrina fisiológica, á aquella doctrina que él desconocia no ha mucho, y que con frecuencia ha censurado ó ridiculizado. Los testigos del suceso no pueden ménos de convenir en ello : se habitúan insensiblemente á trasladar al médico jóven la confianza que

acordaban al anciano doctor; y por cierto que no hay cosa mas natural, porque, supuesto que con arreglo á la tácita confesion de este último, la nueva doctrina es digna de la preferencia, vale mas buscarla en los médicos que son discípulos de ella, que la han estudiado y profundizado, que solicitarla de los que se han limitado á coger á hurtadillas algunos fragmentos suyos que ellos mezclan con las antiguas prácticas.

EL SABIO.

Ah! me recuerda Vm. con eso un dicho de mi médico que estaba borrado en mi memoria. Confiesa hoy dia que hay alguna cosa útil en la doctrina de Vm.; pero sostiene que se le mezclan muchos errores, y que un prudente médico debe ejercitarse en desechar lo malo y elegir lo bueno, para formarse, añadiéndolo á lo de los antiguos sistemas, una doctrina perfecta enteramente. Es, discurro, lo que él llama ser eclético.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor : el eclecticismo consiste en no